

EL HIJO DEL VERDUGO.

ROMANCE, EN QUE SE REFIEREN LOS SUCESOS DE este Mancebo, natural de la Ciudad de Córdoba, el qual se pasó á las Indias, y logró grandes fortunas.

PRIMERA PARTE.

Atiendame el auditorio,
mientras mi lengua declara
la mas peregrina historia,
que ha sucedido en España,
sin fabula ni mentira,
de un hombre, cuya desgracia
tuvo solo por ser hijo
de un padre de prendas baxas.
En Córdoba la famosa
centro de Minerva y Palas,
nació este gallardo Joven,
por quien la Historia se canta:
Dióle Dios entendimiento,
tanto, que en él se hallaban
prendas de naturaleza
sin quitarle á nadie nada,
ni ponerle, que estos dones
los dá Dios con mano franca
á quien es su voluntad,
que es infinita su gracia.
Nadie se admire ni espante
de los troncos, ni las ramas,
que suele un arbol inutil
dar un fruto de importancia;
como lo fue el contenido,
aunque el borron de la mancha
de los padres participan
los hijos sin tener causa.
No obstante, doraba el fruto
lo que el tronco desdoraba;
y con gran sagacidad,
reconociendo su falta,
que es parte de discrecion,
conocer se en si la tacha,
que no hay mas Executorias
que obrar bien, y aquesto basta
Era afable, y amoroso,
lindo cuerpo, hermosa cara,
invidiada es su persona,
por lo hermosa y lo bizarra.

Apenas llegó á tener
edad de ceñir Espada,
viendose tan infelice
de no poder empuñarla,
que de él nadie hace caso,
ignorante de la causa,
tuvo un dia con su Padre
unas pequeñas palabras,
donde en publico le dixo,
que de su afrenta era causa;
y por si acaso algun dia
alguno le baldonara,
de el Padre se querelló,
y se ausentó de su casa.
A las Indias se embarcó,
donde su suerte lo llama,
llegó á la Ciudad de Lima,
y á el cabo de una semana,
vió una noche que unos hombres
á un Mercader lo rovaban,
chocó con ellos brioso
á palos y á cuchilladas,
haciendo que desamparen
la calle, hacienda y la casa.
Al estruendo, los vecinos
y el Mercader despertaban;
agradecido de ver
esta fineza tan alta,
con empeño le suplica,
ofreciendole su casa,
y su amistad, pues desea
en algo recompensarla:
Se despidió, por ser tarde,
y á otro dia de mañana
le fue á ver, dandole cuenta
de lo pobre que se hallaba,
sin animo en la Ciudad,
forastero en tierra estraña.
Entonces el Mercader
lo hizo dueño de su casa,
y viendo sus procederes,
con gran cariño le trata.
Pared en medio vivia
un Don Jacinto de Salas,
Caballero noble y rico,
del Orden de Calatrava,
el qual tenia una hija,
que es de todos celebrada
por lo airosa, lo entendida,
y su hermosura estremada:
enamorada de el Mozo,
mano le ha dado y palabra,
que se ha de casar con él
aunque pese á quien pesara,
siendo el Mercader testigo
de todo quanto le pasa.
Prosiguen en sus amores,
con sus papeles y cartas,
y el amor no dió lugar
que mucho tiempo pasara.
Entrada le dió una noche
dentro en su quarto la Dama,
viendole el Padre, prudente
fue donde la hija estaba
con gran recato y silencio,
y vió los dos como estaban.
Duda lo mismo que ve,
y antes de hablarles palabra,
consideró como cuerdo
el deshonor de su casa,
y reportandose ha dicho
estas sentidas palabras:
Cómo tanto atrevimiento?
En las principales casas
se usa esta villania?
El Mancebo se levanta,
y arrodillado le ha dicho:
El firme amor es la causa
de estos mis atrevimientos,
mira Señor, y repara,
que en lo hecho no hay remedio,
vuestro sagrado me valga;
si no, vos sois el cuchillo,
yo la carne delicada,
cor-

corta Señor á tu gusto,
tu rigor sobre mi caiga.
A las voces la Señora,
los criados y criadas
acuden, y el Caballero
mandó que se retiraran,
y á el Mancebo y á la Niña
los encierran en dos salas,
con cargo de juramento,
que si á su sangre no iguala,
sin remedio ha de matarlos,
antes de que lo afrentaran.
Sin dormir pasó la noche,
y luego por la mañana
fue en casa del Mercader,
por el Mozo preguntaba,
brujuleando pesquisas,
como quien no sabe nada;
y el Mercader, que no es lerdo
le ha dicho aquestas palabras:
Señor Don Jacinto, el Mozo,
sin quitarle á nadie nada,
es tan bueno como el Rey,
y no desmerece nada;
es un primo hermano mio,
que se ha venido de España,
y es noble, que aqui le tengo
su Executoria guardada;
y no porque es deudo mio,
si usted lo experimentara,
viera en èl prendas de garvo,
y un hombre de confianza;
no tiene mas de un defecto,
que es ser pobre, y es la falta
mas comun que hay en el mundo
pues de ella hacemos gala;
pero en quanto á lo demas
nadie puede hablar palabra.
El Caballero responde:
Si eso que usted me declara
es verdad, quiero contarle,
como amigo, lo que pasa.
A deshoras de la noche
le encontré dentro en mi casa
conversando con mi hija,
y es una accion muy villana:
no sè lo que entre los dos
en este misterio pasa.
Reportaronme los Cielos,
y entré el acero en la baina;
consideré que en matarlos
el daño no remediaba,
demas que él no tiene culpa,
sino es mi hija liviana,
que él no habia de arrojarse,
si ella no le diera entrada.
Supuesto que su fortuna
lo quiso asi, y la desgracia
de mi hija ha sido aquesta,
con él intento casarla,
ya que no hay otro remedio,
contra mi gusto se haga.
El Mercader le responde:
Señor Don Jacinto basta;
mucho merece la Niña,
él no desmerece nada,
obre usted como quien es,
vease la sangre hidalga.
Dispusieronse las bodas,
y el tiempo todo lo acaba,
que es como dice el refran:
Bondades señales tapan,
le dió ochenta mil ducados,
y muchas prendas y alhajas.
Vivian con grande gusto,
agradeciendo las altas
finezas del Mercader,
como su amigo del alma,
y á dos años de casado,
estando un dia en la Plaza,
como un Principe vestido,
que al Sol invidia le daba,
á el se llegó un mozuelo,
y de esta suerte le habla:

Fer-

Fernando, qué dicha es esta,
que por tu persona pasa?
Me alegro mucho de verte
tan portado en tierra estraña;
Don Fernando le responde:
no se lo que usted me habla,
usted me tiene por otro,
y es muy cierto que se engaña.
No me engaño (le responde)
ni te niegues, que en España
á tu padre y á tu madre,
que son hijos de mi Patria,
conozco y á tu persona,
Fernando en vano te estrañas.
Y Don Fernando responde:
Si es que el secreto me guardas
yo soy; pero esta fortuna
Dios me la tuvo guardada;
y supuesto que eres pobre,
yo te daré, si me tapas,
con que puedas adquirir
caudal, si te das la traza,
y estaré siempre obligado;
vente conmigo á mi casa:
le recogió afable, y dióle
cien pesos en oro y plata.
Fuese él mozuelo y gastólos
en cosas desordenadas:
volvió á pedirle otro dia
con imperios y amenazas,
doscientos pesos de prónto,
y que si no se los daba,
á su suegro le diria
del caso lo que ignoraba.
Don Fernando que esto escucha
le puso mano á la espada,
para darle la respuesta,
mas él huyendo se escapa.
Fue á el Caballero y le cuenta
esta afrentosa desgracia
del empleo de su hija,
como estaba desposada
con el hijo del Verdugo
de Córdoba la nombrada.
Esto que oyo el Caballero,
como toro herido brama,
escupiendo basiliscos,
quiso á la hija matarla,
y jura, que si lo coge,
que lo ha de hacer mil tajadas.
Receloso de lo dicho,
Don Fernando se ocultaba,
el Caballero le busca,
y viendo que no le halla,
prendieron al Mercader,
y la hacienda le quitaban,
con gran rigor le aprisionan
en un Castillo con Guardas.
Don Fernando con secreto
mandó á su Esposa una carta,
dandole á entender por ella,
que quiere partirse á España,
y desatar tantas dudas
como se le acumulaban.
Y una noche con secreto,
por una ventana baxa
le dió su Esposa la mano,
dineros, prendas y alhajas,
y él con encarecimientos
á su Esposa le rogaba,
que se entrase en un Convento,
y que el secreto le encarga,
que confiaba en Jesus
volver con bien á su casa:
Pasóse á la Vera Cruz,
y para España se embarca.
Y en otra segunda parte
se dirá lo que aqui falta.

Con licencia: En Córdoba: en la Imprenta de Don Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Libreria.